

LETRAS

LETRILLAS

L&TRONNE



70

LETRAS LIBRES
ENERO 2015

POLÍTICA

EN DEFENSA DE LOS SUDOKUS

MIGUEL AGUILAR

Resulta difícil reflexionar con calma sobre lo que ocurre en Cataluña, ya que la sucesión de acontecimientos en poco menos de un mes (convocatoria, prohibición y celebración de la consulta; querrela contra Mas; anuncio del plan del presidente para la nueva etapa; respuesta de Esquerra) nos pone en el inasible y fluctuante plano de la táctica, más que en el de la estrategia. Las decisiones no parecen obedecer a un plan meditado, ni en Madrid ni en Barcelona, sino ser fruto de una mezcla de inercia e improvisación. La ingente cantidad de energía intelectual dedicada a esta cuestión puede pasar tranquilamente a encabezar la historia universal del desperdicio; la resolución compulsiva de sudokus hubiera sido probablemente más productiva. Quizá en veinte años se hable con admiración de la pizarra de Sant Vicenç dels Horts, pero no parece probable.

Sin embargo, sí que cabe extraer una lección importante de la consulta, a partir de dos constataciones. La celebración en sí, la colocación de las urnas y las papeletas, el uso de los colegios, el discurrir de la jornada, fue un éxito indiscutible del soberanismo:

quedó claro que en Cataluña manda Mas y se volvió a demostrar una impresionante capacidad de movilización. Ahora bien, su resultado no puede dejar de suponer una cierta decepción. Las cifras se han manejado hasta la saciedad. Votaron 2.300.000 personas, incluidos extranjeros y menores a partir de los dieciséis años. Se trata de una cifra apabullante para una manifestación, pero a todas luces insuficiente para declarar la independencia, sobre todo si tenemos en cuenta que un 20% no optó por el doble sí independentista y que solo votó el 36% del censo.

Si la Generalitat es capaz de ignorar al Tribunal Constitucional y ponerse al Estado (del que es parte y al que representa en Cataluña) por montera, no se puede argumentar que hay un conflicto entre España y Cataluña. Llegados al momento de echar el candado a las aulas y retirar las urnas en furgones policiales, con buen sentido no se hizo. “Esto no lo para ni el Tribunal Constitucional” era el grito de guerra. La conclusión inevitable es que España no va a imponer ninguna resolución por la fuerza, ni aun teniendo la ley de su lado. El mismo 9N las caras de los miembros del PP reunidos en los gélidos jardines de un hotel barcelonés reflejaban ese abandono: pese a las reiteradas promesas de que no se celebraría la votación, se estaba

celebrando. En cambio, a escasos kilómetros Diagonal abajo, el ambiente en el acto de Ciutadans era muy distinto: un público de todas las edades amparado en un naranja brillante frente al pálido azul popular. Quizá no ser “sucursalistas” cobra ahora pleno sentido también para la oposición al independentismo. El PP catalán confiaba en la ayuda de Madrid, la gente de Rivera quiere construir desde Cataluña una alternativa.

Porque el problema para el independentismo ya no es Madrid, es Cataluña. Las cifras de participación y el porcentaje de voto demuestran que los catalanes no apoyan mayoritariamente esa opción. Votar era muy sencillo, se pudo votar hasta el 25 de noviembre, y la campaña por la participación fue apabullante; el coste de votar, nulo. Quien no votó fue porque no quiso. Y sin embargo dos tercios de los catalanes se quedaron en casa. Es posible que algunos independentistas no participaran, pero entonces admitamos también que algunos votantes del doble sí cambiarían de opinión enfrentados a un referéndum vinculante y tras una campaña equilibrada, en la que comparezcan las dos opciones. La admiración que el proceso parece despertar a nivel internacional, y que se veía en las actitudes de los corresponsales que cubrían la pseudoconsulta, solo puede contestarse

desde esa realidad. La oposición más encarnizada a la independencia de Cataluña se halla en su interior, no en el resto de España, que asiste incómoda, algo incrédula y muy hastiada a un proceso que no termina de entender. Y solo maniobras del tipo de contabilizar escaños y no votos o de no fijar mínimos razonables de participación y apoyo resultaría en una mayoría suficiente para declarar la independencia (el ejemplo más citado es cómo ninguna de las votaciones del Parlament ha obtenido el apoyo que exige el Estatut para su reforma; así sería más asequible independizarse que reformarlo).

A estas alturas poca duda cabe de que la solución ha de ser votada, o al menos refrendada democráticamente. Qué se debe votar y quién debe votar es otra cuestión. En cualquier caso el camino que parecen apuntar Mas y Junqueras no sigue la sensata senda canadiense: primero demostrar una mayoría clara y suficiente en favor de la independencia, luego negociar-la con el Estado (Quebec puede manifestar su voluntad de independizarse, pero no puede decidir en qué condiciones se independiza sin contar con el resto de Canadá). Claro que Rajoy tampoco ayuda: ni hizo cumplir la ley el 9N, ni ofrece pistas de aterrizaje que atemperen los ánimos. En resolución de conflictos siempre se busca la ventana de oportunidad que ofrece una “mutually hurting stalemate”, el “*impasse* mutuamente perjudicial”. No parece que hayamos llegado a ese punto, más bien estamos en el “conflicto mutuamente beneficioso”, y a lo que parecen aspirar unos y otros es a ganar tiempo y a cronificar el problema. Pero como la oncología bien sabe, es imposible cronificar los problemas mucho tiempo. Por eso los catalanes no independentistas no pueden estar a expensas de los intereses electorales o de la pasividad inoperante del gobierno en Madrid. Cómo aglutinar a un conjunto tan heterogéneo y dividido para hacer visible esa oposición mayoritaria a la independencia es el gran reto que les espera. Enfrente, una minoría locuaz e hipermovilizada intenta quemar etapas en pos de un sueño edénico que incluso permite abrazos asombrosos. Quizá sea el momento de volver a los sudokus. —

FILOSOFÍA

FRUSTRACIÓN Y ANTISEMITISMO. LOS CUADERNOS NEGROS DE HEIDEGGER

✎ LUIS FERNANDO MORENO CLAROS

En febrero y marzo de 2014 vieron la luz en Alemania tres nuevos tomos de la monumental edición de las obras completas del filósofo alemán Martin Heidegger (1889-1976), los *Cuadernos negros*. Constituyen la primera entrega de un total de nueve volúmenes de igual título con cuya publicación se cerrará la edición, proyectada en ciento dos tomos. Los publicados ahora suman la transcripción del contenido de catorce cuadernos de notas —con tapas de hule negro, de ahí su nombre— que Heidegger tituló “Reflexiones”. Albergan alrededor de mil seiscientas entradas que datan de 1931 a 1941. Hasta casi el final de su vida, el autor de *Ser y tiempo* continuó sirviéndose de este mismo tipo de cuadernos para ir consignando pensamientos privados.

No son notas tomadas al vuelo sin propósito, responden a un proyecto meditado de Heidegger, un nuevo “camino” para ahondar en su filosofía y, a la vez, entender los acontecimientos del siglo XX desde un punto de vista metafísico; de ahí que no pueda calificarse a estos cuadernos de mero “cajón de sastre” de pensador. Heidegger los ocultó en vida y dispuso que solo vieran la luz como colofón de sus obras completas. Está previsto que en los próximos meses vayan apareciendo nuevas entregas.

Sottovoce se comentaba que los cuadernos traerían valiosas ideas filosóficas, pero también —según alguna insinuación por parte de los custodios del legado del filósofo— que aclararían para siempre la relación de Heidegger con el nacionalsocialismo. Una vez que han visto la luz los tres primeros tomos, constatamos que su contenido se reparte entre filosofía (la pregunta por el ser y el preguntar en general), anotaciones críticas respecto a la universidad en el Tercer Reich y comentarios sobre la Segunda Guerra Mundial y el estado del mundo (culminación de



✦ El lado oscuro del filósofo.

la “técnica”) desde un punto de vista metafísico. El lenguaje críptico del grafómano “filósofo del ser” decepcionará a los lectores que busquen claridad de pensamiento o confesiones íntimas explícitas, pero los iniciados en su pensamiento apreciarán la sustancial importancia de estas notas. Sea como fuere, lo cierto es que la publicación de los primeros *Cuadernos negros* ha caído como una bomba entre los estudiosos y la opinión pública culta.

Estos escritos confirman algo que ya se sabía: Heidegger comulgó de buen grado con el nacionalsocialismo y aprobó la llegada de Hitler al poder (aunque no hay mención del dictador en los cuadernos es perceptible el eco de algunas de sus soflamas); también, que su entusiasmo inicial por el nuevo régimen se enfrió y se transformó en frustración.

Heidegger confiaba en que los nuevos líderes de Alemania promovieran una verdadera “revolución espiritual”, que el nuevo régimen inaugurase una “era metafísica” que proporcionara a los alemanes el conocimiento de su *ser*, alejándolos del mundo de los meros *entes*. Solo Alemania tenía que culminar la tarea iniciada por los griegos en busca del *ser* (o *seyn*), tarea traicionada por la historia de la metafísica posterior, que acusa su “olvido”.

Son numerosas las anotaciones que testimonian esta “frustración”.

LETRAS LIBRES
ENERO 2015

Mientras ocupó el cargo de rector de la Universidad de Friburgo en 1933, Heidegger se ilusionó con la idea de convertirse en “guía de guías”, incluso “conducir” al propio *Führer*. Pero apenas ocho meses después, en 1934, anotó: “Mi cargo puesto a disposición, ya no es posible una responsabilidad. ¡Que vivan la mediocridad y el ruido!” Al nazi “espiritual” que pretendía ser Heidegger lo horrorizó ese otro nazismo real —“vulgar”— que impregnaba las instituciones y las personas. Las notas dan queja del ambiente mediocre de la universidad, del “triunfo de la mediocridad” y la burda cultura “popular”; del “ruido” y la propaganda —el “arte de la mentira”— que lo rodean por doquier. En lugar de filósofos y hombres de espíritu, tenía que soportar a los nuevos custodios de la cultura: “maestros de escuela asilvestrados, técnicos en paro y pequeñoburgueses acomplexados”.

Desilusionado, Heidegger abandonó la política activa para refugiarse en sus seminarios sobre Nietzsche y Hölderlin, nombres que aparecen profusamente en entradas de los años 1938 y 1939. Según él, solo ellos podían enseñar —también a los nazis— la “esencia del pueblo alemán”, tan diferente de otros: “rusos”, “ingleses”, “americanos” y “judíos”.

Sí, Heidegger menciona a los judíos en estos cuadernos, y han sido unas pocas observaciones en el tercer tomo —y bastante crípticas, por cierto— sobre la “raza” y el “pueblo judío” las causantes de la indignación de la opinión pública, descubridora ahora de que Heidegger, además de ser un nazi, fue un “filósofo antisemita”. Léase una pequeña perla de 1939: “los judíos, dado *su acentuado don calculador*, viven desde hace mucho según el principio racial; de ahí que ahora se opongan con tanto ahínco a su aplicación”. “Aplicación” por parte de los nazis sobre los judíos, se entiende.

El filósofo Peter Trawny, editor de estos *Cuadernos negros*, acaba de publicar en Alemania un libro fundamental: *Heidegger y el mito de la conspiración judía mundial* (Klostermann, 2014). Está convencido de que el autor de *Ser y tiempo* compartía y reiteraba

tópicos antisemitas de la época con el afán de transformarlos en “filosofía”. Heidegger caracterizó a los judíos como “hábil en el cálculo” (para él calcular se opone a pensar), y los acusaba de formar parte de una *calculada maquinación* universal (*Machenschaft*), junto con los otros “pueblos” mencionados, para exterminar a los alemanes. El lúcido Trawny ve en semejantes despropósitos la influencia de los discursos de Hitler, devoto a su vez de *Los protocolos de los sabios de Sion*, ese libro nefasto que culpaba a la judería internacional de una oscura conspiración, causa de las guerras.

La publicación de los *Cuadernos negros* ha levantado ampollas y tendrá consecuencias, la más evidente es que habrá que revisar toda la filosofía de Heidegger a la luz de las nuevas revelaciones; pero quizás hay algo que deba preocupar más: la constatación rotunda de que tras el pensador de fama mundial asoma el hombre sin altura moral. —

LITERATURA MUNDOS ALTERNATIVOS PARA DISIDENTES

ENTREVISTA

CON JONATHAN LETHEM

✎ ANTONIO DÍAZ OLIVA

La imagen apareció en la revista *Life* (1938): una mujer camina por Manhattan, en medio de una marcha contra Hitler. La mujer, quien tiempo después sería abuela del escritor estadounidense Jonathan Lethem, tuvo —al parecer— una vida ligada al Partido Comunista y a diversas causas revolucionarias. Y por eso su figura sería una de las inspiraciones para *Los Jardines de la Disidencia* (Literatura Random House), una saga familiar que explora los movimientos de izquierda en Estados Unidos, sus vínculos y tensiones con la corriente *folk* de los años sesenta y, de trasfondo, algunos enredos amorosos entre disidentes y revolucionarios. En esta conversación Lethem reflexiona sobre los intersticios de su nueva novela.



✦ Los jardines de la disidencia.

En comparación con otros de tus libros, esta novela parece ser más “realista”, no hay juegos con otros géneros (policial, sci-fi, etc). Sin embargo, puede ser leída como una novela de ciencia ficción: pensar en un movimiento de izquierda —tal como en Europa o América Latina— en Estados Unidos es como narrar ese futuro que parece pasado.

Sí, bueno, esa es la clave de cómo conecté la novela con el “material histórico”, por llamarlo de alguna manera. En cierto sentido *Los Jardines de la Disidencia* es una fantasía sobre un Estados Unidos alternativo, o una realidad alternativa del país. Los personajes de esta novela viven de manera tradicional en el mundo cotidiano, el mundo prosaico del día a día, de la alimentación y el sueño y el trabajo; y la otra mitad de ellos está en otra área, en el reino crepuscular de algún sueño o deseo sobre una metáfora o alegoría social que no puede ser comprobada (el comunismo, la revolución). Pero, claro, para ellos esa metáfora o alegoría es tan real como el mundo cotidiano. Me gusta pensar que el comunismo estadounidense fue un ámbito ficticio como cualquiera de los mundos fantásticos que he escrito en otros libros. Aunque este sueño, en este caso particularmente, no sea una invención mía.

También hay mucho de realidad. El área de Queens donde sucede gran parte de la novela,



Sunnyside Gardens, fue un proyecto de comunidad social que efectivamente existió. ¿Leíste sobre Lewis Mumford, el arquitecto social detrás de la idea comunitaria en Queens?

Investigué respecto a la comunidad social pero solo lo suficiente como para continuar con el proyecto. No me gusta tanto investigar porque me preocupa que pueda disminuir el poder imaginativo de las historias que estoy intentando proyectar. En un momento el nombre de Mumford apareció, y lo metí en las páginas de la novela. Pero en mis años en Brooklyn, cuando estaba creciendo, lo que Mumford intentaba no tenía nada que ver con mi impresión sobre las posibilidades urbanas propias de una zona como Sunnyside Gardens. Y sinceramente, esas impresiones, esas proyecciones de mi infancia sobre aquella comunidad social en medio de Queens, son y eran más importantes.

Una de las aristas de *Los Jardines de la Disidencia* es la diferencia entre un movimiento de izquierda y el movimiento *folk*, cómo ambas líneas de protesta a veces se encontraban y a veces divergían.

Absolutamente. Ahí, me parece, hay un misterio que fue uno de mis temas principales en esta novela: cómo el socialismo se escondía en el interior del movimiento *bippie*, pero sin ser nombrado, y cómo esa amalgama

de corrientes se convirtió finalmente en materia social y cultural antes que reconocerse como contenido político.

Cícero Lookins, el personaje que enseña marxismo en una universidad, parece indicar que uno de los pocos lugares donde la izquierda se mantiene es en la academia, en las universidades estadounidenses...

Eso se dice a menudo, y a menudo se dice con miedo, pero no creo que sea cierto. O la contracultura —y cualquier movimiento social— existe en todas partes o en ninguna parte. La academia, el mundo universitario, es solo un lente, una descripción de un mundo posible, pero si el mundo no refleja la posibilidad, entonces no hay nada allí. Y yo creo que la posibilidad sí existe.

¿Crees que la recepción de la novela ha sido diferente dentro y fuera de Estados Unidos?

Creo que el libro ha sido mejor comprendido, en su conjunto, fuera de Estados Unidos. Hasta el momento no he visitado América Latina, pero fue increíblemente satisfactorio hablar con los europeos al respecto. La diferencia es simple, y de alguna manera también es uno de los temas del libro: en gran medida los estadounidenses son amnésicos, se centran en el presente y el futuro. Están hechos de teflón, o al menos eso piensan: la historia no se adhiere a ellos. Aunque no es así como les sucede a los personajes de esta novela. Son personajes que se sienten inmersos en la historia, sumidos en ella. Es decir, son personajes del “mundo”, más que los estadounidenses prototípicos.

Han pasado tres años desde Occupy Wall Street, un movimiento en el cual participaste. ¿Cuál es el legado de aquellas protestas?

Me parece que el movimiento ha pasado a una fase subliminal, pero, de todas maneras, el poder de su influencia y su legado todavía se mantienen. Occupy Wall Street logró, al darle al capitalismo contemporáneo un nombre y señalarlo, sacar a relucir la idea de que existía un capitalismo y por lo tanto se abría la posibilidad de comenzar un movimiento “anticapitalista”.

Al traer estos pensamientos imposibles a la luz —y al sacarnos, aunque fuera brevemente, a la calle para mirarnos a los ojos y admitir que pensábamos lo mismo— se creó una conciencia irreversible. El modelo en el que se sustentan nuestras vidas no es suficiente, ni cerca de suficiente, para mantenernos.

CORRESPONDENCIA

BISHOP Y LOWELL, PERSONAJES DE TEATRO

ANTONIO JOSÉ PONTE

Elizabeth Bishop y Robert Lowell escribieron durante treinta años una de las más hermosas correspondencias entre poetas que puedan leerse. Los había presentado Randall Jarrell en 1947, en una cena neoyorquina. Ella tenía 36 años y un libro de poemas publicado, él contaba con seis años menos y dos libros. Andaba divorciándose de su primera esposa; Bishop acababa de separarse de su novia de Key West. Con Lowell fue amor a primera vista, reconoció ella. Por primera vez era capaz de hablar con alguien acerca de la escritura, y resultaba tan sencillo como intercambiarse recetas de tartas.

Iban a verse poco. Bishop en Brasil, él en Nueva York, Boston o Londres. Emparejada ella con la arquitecta Lota de Macedo, él casado o divorciándose, siempre de mujeres novelistas. Sus encuentros, precedidos por complicadas negociaciones, incluirían accidentes desastrosos. Ella era alcohólica y depresiva, reservada y escueta; escribió apenas media docena de libros. Él, maníaco hasta la hospitalización, poeta abundante y confesional.

Se admiraban, se dedicaron poemas. Amaron en la obra del otro ciertas cualidades compensatorias. A propósito de un muy conocido texto de ella, Lowell lamentó ser tan aficionado a la pesca y que todos sus peces escritos se le volvieran simbólicos. Bishop le envió esta impaciencia dirigida a sí misma: “Cielos, ¿cuándo empezará una a escribir los verdaderos poemas?” Y comentó a continuación cuán verdaderos encontraba los de él.

Compartían admiraciones: Thomas Hardy, Marianne Moore,



+Treinta años de cartas.

George Herbert. Cada uno de ellos visitó a Pound en St. Elizabeth's Hospital. Sus cartas están llenas de cháchara de sepelio. A él le tocó notificarle la muerte de Dylan Thomas, Robert Frost, Randall Jarrell y Delmore Schwartz. Envío a Bishop detalles del obituario de Hannah Arendt que entonces componía, de su entusiasmo por la poesía póstuma de Sylvia Plath y de una fiesta de cumpleaños de la viuda Jackie Kennedy.

“¡Me temo que voy a pasarme toda la vida extrañándote!”, le escribió. Recordaba un momento íntimo que habían tenido, de casi declaración amorosa. Él pensaba en ese instante como en otra vida que pudo haber vivido. Ella, en su contestación, dejó intocado el tema. “Cuando escribas mi epitafio –rogó Bishop–, dí que fui el ser más solitario que vivió nunca.” Los dos se hallaban sentados sobre una roca. O sobre la idea de una roca, como apunta Sarah Ruhl en la pieza teatral donde los junta.

Ruhl cumplía un reposo por embarazo cuando un amigo le regaló el volumen de la correspondencia completa entre ambos escritores. Ya amaba los poemas de Elizabeth Bishop, y al introducirse en aquellas ochocientas páginas comenzó su obsesión con las cartas cruzadas entre Bishop y Lowell. ¿Y qué puede hacer uno con unas páginas que lo obsesionan hasta ese punto? Releerlas, leerlas en voz alta, declamarlas, aprenderlas de memoria, ensalmarlas. Citarlas textualmente, ponerlas en letra propia, teclearlas, imprimirlas, enviárselas a alguien, recontarlas, reseñarlas, ensayar sobre ellas. Traducirlas a otra lengua u otra disciplina...

Dispuesta al recitado, la memorización, el ensayo y la traducción,

Ruhl utilizó únicamente frases de esa correspondencia para escribir *Dear Elizabeth. A Play in Letters from Elizabeth Bishop to Robert Lowell and Back Again* (Faber and Faber, 2014). Una pieza para dos personajes: la poeta entre cuarenta y sesenta años, y el poeta de edad parecida. Cada uno en su asiento, una mesa entre ellos y únicamente un par de artefactos: micrófono y grabadora. Sobre un escenario capaz de convertirse en el mar que bate contra una roca, donde brille una gran luna. Y capaz también de volver a ser el espacio privado de cada uno de esos escritores.

Sería conveniente evitar que parezcan tener escritas ya sus frases, ha sugerido Ruhl. Más bien estarían escribiéndolas en el mismo instante de la representación, como si se les ocurrieran delante del público. Ellos también asombrados de la llegada de esas palabras. Asombrados de dirigirse a otro, asombrados del otro. Podrían incluso leerlas directamente, algo que Sarah Ruhl aceptaría, igual que aceptaría una puesta que prescindiera del mar y de la luna y de la roca, pues su mayor deseo ha consistido en poner en voz alta esas cartas. Así que no se sentiría traicionada en el caso de que dos intérpretes, uno cerca del otro, leyeran los fragmentos de Bishop y de Lowell.

En una frase no incluida en la pieza teatral, Elizabeth Bishop propuso: “Puesto que flotamos en un mar desconocido, creo que tendríamos que examinar con sumo cuidado las otras cosas flotantes que nos rodean. Quién sabe lo que podría surgir de ello.”

Y Robert Lowell le consultaba en 1963: “¿Has sentido alguna vez que casi aprendiste, por fin, lo suficiente, y te encuentras lista para nacer de nuevo con muchas más ventajas?”

En la escena final de *Dear Elizabeth* lo que les queda a ambos por decirse son algunos de los encabezamientos y de las despedidas de sus cartas. Solamente saludos y despedidas: aquellos tanteos iniciales hasta encontrar el nombre exacto del otro y, luego, tentativas de desasirse amablemente. —

ANTROPOLOGÍA

“EL NACIONALISMO SIEMPRE VIAJA A NUESTRO LADO”

ENTREVISTA CON AZAR GAT

✪ MARÍA TERESA GIMÉNEZ BARBAT

El nacionalismo ha sido un endiablado e intratable rompecabezas para historiadores, científicos sociales, filósofos y otros analistas. Hasta hace poco era habitual verlo como un constructo reciente y artificial, resultado de una confluencia de vectores políticos que cristalizaron en el último par de siglos. Las discusiones sobre el Estado y la nación fueron siempre circulares y por ello poco satisfactorias.

Algunos investigadores como Azar Gat sostienen que faltaba un marco teórico en la historia que no podía ser otro que el evolucionista, ya que solo este tiene en cuenta las variadas motivaciones humanas y la forma en que conectan unas con otras para alumbrar estructuras políticas. Una gran parte de nuestras emociones y comportamientos hunde sus raíces en las sociedades antiguas, basadas en el parentesco y la asociación de supervivencia con la gente cercana. Por eso, las exhortaciones de tipo grupal evocan poderosas emociones en los seres humanos.

El asunto es saber de qué forma las viejas identidades basadas en el parentesco, la convivencia y los cruces vecinales restringidos tienen algún tipo de continuidad con los modernos nacionalismos. En *Naciones. Una nueva historia del nacionalismo* (Crítica), el profesor de ciencia política en la Universidad de Tel Aviv Azar Gat —que obtuvo un prestigio mundial gracias a su libro *War in Human Civilization*— nos da pistas importantes sobre esos mecanismos.

Permítame conducir la entrevista en términos claros y prácticos. Soy una ciudadana española de origen catalán, una ciudadana europea que asiste atemorizada al deterioro de la convivencia en mi tierra debido al renovado despertar del nacionalismo. Y mi primera pregunta es: ¿Olvidamos que existe una naturaleza humana cuando examinamos las vicisitudes de la historia?

Ha habido una corriente académica que afirmaba que el nacionalismo es algo muy reciente e inventado. Pero el nacionalismo es algo que conecta con raíces ancestrales, que nos remonta al tribalismo, a la época en que las sociedades eran de cazadores-recolectores muy relacionados en su parentesco. A pesar de los años transcurridos, la gente conserva unos fuertes sentimientos de comunidad, de solidaridad con sus convecinos y compatriotas, y tiene tendencia a compartir sus recursos con la gente de su propia tierra. No solo a morir por los suyos en caso necesario, sino a participar de cosas como el Estado del bienestar con su gente y a mostrar desagrado ante la idea de hacerlo con extranjeros.

Así, cuando reaccionamos con sorpresa y perplejidad ante la repetitiva vuelta del nacionalismo, podríamos decir: ¿“es la naturaleza, estúpido”?

Sí. La gente que piensa que el nacionalismo es algo nuevo, inventado y superficial puede sentirse sorprendida, pero el anterior concepto de nacionalismo estaba equivocado. Siempre está aquí, siempre viaja a nuestro lado, es algo profundo. Nos horrorizan algunas de sus expresiones pero es “natural”. Hay una profunda racionalidad en nuestras respuestas, pues son innatas y moldeadas por la evolución.

Sus libros reflexionan sobre el nacionalismo como algo enraizado en la realidad de la naturaleza del hombre y no en la abstracción filosófica.

La gente ve a los miembros de su nación como una familia extendida, no tanto como la familia nuclear, pero

siente un vínculo profundo. Quienes viven en los países occidentales están muy tranquilos ignorando la existencia de estos sentimientos, pero cuando les provocan, cuando se sienten afectados por la inmigración, cuando esta no es realmente asimilada, se despiertan incluso en nuestras sociedades.

Los políticos nacionalistas activan resortes poderosos de la emotividad humana. ¿Nos manipulan?

Es una manipulación, pero ¿cuál es el sujeto de la manipulación? Lo que se manipula es especialmente dúctil porque la gente lo tiene y lo siente a flor de piel. Y esos políticos muchas veces son sinceros. Estoy seguro de que los políticos nacionalistas escoceses sienten sinceramente su nacionalismo. Es la manipulación de algo que es muy real.

El sentido del nacionalismo es el mantenimiento de un cordón umbilical con una comunidad ancestral. Sin embargo, su base real en la mayoría de las comunidades actuales es muy tenue o prácticamente inexistente. ¿Por qué funciona?

En algunas no es tan tenue porque perviven tradiciones que se remontan a milenios. A veces la realidad de ese pasado compartido es muy endeble, pero da igual porque las personas no son necesariamente académicas ni historiadoras. También la base real de la religión es endeble o falsa. Será tenue pero igualmente suficiente para que la gente se sienta unida en un todo.

Sin embargo, muchas veces las personas adoptan culturas o tradiciones que ni siquiera son suyas. ¿Por qué esas comunidades inventadas o imaginadas, en el sentido que les dan historiadores como Eric Hobsbawm o Benedict Anderson, parecen funcionar con la misma fuerza que si tuvieran raíz étnica?

Tanto Hobsbawm como Anderson estaban equivocados. Piensan que “imaginado” es lo mismo que “inventado” y no lo es. Existe una parte que es imaginada pero hay una base real, puesto que la gente comparte una cultura, unos ancestros. Son comunidades

que de una forma u otra tienen unos lazos que existen desde tiempo inmemorial.

Pero la globalización y la necesidad de mantener la paz se llevan mal con los sentimientos identitarios. ¿Cómo superarlos conservando los sentimientos de lealtad y de solidaridad entre gentes diversas?

Es un tema importante. Eso se consigue en sociedades liberales en las que el mantenimiento de la conciencia nacional no se hace a expensas de los sentimientos identitarios de los otros grupos. Donde se respeta a las minorías. La Unión Europea es en muchos sentidos un ejemplo de esto. Ahora tiene problemas por la crisis, pero ofrece un modelo intermedio. La Unión Europea no reemplaza las naciones existentes: pueden cooperar en economía, en investigación, en sanidad, en defensa... Las naciones pueden cooperar en el mundo sin perder sus señas de identidad.

La cultura compartida y una lengua común provocan un sentimiento de pertenencia, aunque sea a una patria imaginada. En mi país parecía progresista después del periodo franquista cultivar las diferencias culturales y las lenguas periféricas. Ahora nos amenaza un desmembramiento. ¿Nos equivocamos?

Sé que España tiene problemas concretos con sus nacionalismos, aunque no los conozco a fondo. Pero el problema es más amplio. Como usted dice, ¿qué sucede cuando un régimen autoritario desaparece y da paso a la democracia? La gente que se ha sentido oprimida, atada por la fuerza, puede elegir irse por su cuenta, como ha ocurrido en la antigua Unión Soviética, o con el desmoronamiento del Imperio otomano o en Yugoslavia. Fíjese en lo que pasa en Iraq, que sufrió la coerción y a brutalidad del régimen. En el caso español, puede haber sucedido lo mismo.

No, no; no creo que se parezcan esos casos...

Los catalanes han sido reprimidos durante trescientos años y más

recientemente por Franco. Es lo que ha pasado con los vascos, también.

¡Oh, no!... Nada de trescientos años de opresión. Ese es un dato incorrecto, un mito cultivado por colegas suyos, historiadores locales fervientes seguidores de Hobsbawn, por cierto. Usted debe saber que Cataluña desde la restauración democrática en España, hace cuarenta años, es uno de los países con más capacidad de autogobierno del mundo y con plenas atribuciones para cultivar su idioma y cultura.

Bien, busquemos otro ejemplo. Mire Escocia. Escocia ha vivido unida a Gran Bretaña desde hace muchos años, libremente. La última vez que se podría decir que estuvo oprimida fue en 1745 (la época de los levantamientos jacobitas). Sin embargo, una parte importante de su población decidió, hace poco, no seguir en el Reino Unido. En una sociedad liberal es difícil oponerse a eso. A los escoceses se les ha permitido expresarse en referéndum. Ya sé que la Constitución española no lo permite pero ¿qué hará España si los catalanes deciden llevar adelante sus ansias de autodeterminación mediante un referéndum? ¿Enviar al ejército, quizá?

¡No, no es esa la situación ni la disyuntiva en mi país!

Bueno, después de años conviviendo en un régimen liberal los escoceses quisieron y obtuvieron un referéndum de autodeterminación. Lo mismo sucedió en Quebec. No hay salidas milagrosas.

Pero en Cataluña se parte de una falsificación. En pocos años, el independentismo ha pasado de ser marginal o poco influyente a ser un elemento de desestabilización de España y quizás, de rebote, de Europa. Los medios de comunicación dominados por el nacionalismo han sido inclementes, excluyentes y abusivos. Cualquier asomo de discurso "hispanista" es calificado de fascista. En Escocia sucedió algo parecido aunque no fue tan flagrante.

Obviamente no es usted una fascista. El deseo de mantener unida la nación es legítimo. Pero no hay escapatoria. Si "Escocia" quiere tener su propio destino, lo tendrá. Si algunos quieren la independencia también es legítimo. En Bélgica hay el problema de los valones y los flamencos. En último extremo España no puede ni podrá impedir que los catalanes voten sobre su futuro.

Pero ¿es bueno animar la diferencia? Por ejemplo: ¿Tiene sentido la oficialidad de tantas lenguas en la Unión Europea? ¿O con esa insistencia despreciamos el valor de hermandad de una lengua franca o común?

En la Unión Europea no hay una lengua común y dudo que vaya a haberla.

¿Eso cree?

La gente usará el inglés o el francés o la lengua que sea para comunicarse. Pero las naciones europeas no abandonarían su lengua. La Unión Europea no es Estados Unidos.

¿Por qué? Hay gente que mira a Estados Unidos como ejemplo.

Es un error. En Europa la gente tiene su enraizada y distintiva tradición cultural y su lengua, y en Estados Unidos la gente comparte la misma cultura y la misma lengua. Las personas pueden compartir su rica cultura y tradición añadiéndole, quizás, un sentimiento favorable a Europa. La cultura europea existe desde hace mil quinientos años, aunque se nutre de potentes subculturas. Hay que ser consciente de las limitaciones y cultivar los puntos fuertes.

Pero el multiculturalismo, el respeto reverencial por la diferencia, ¿no ha tenido culpa en el auge de los nacionalismos desmembradores en nuestra parte del mundo?

No estoy seguro. Hay dos aspectos: la tolerancia liberal ante la idea de promover la propia identidad y que ello no implica, en absoluto, que haya que tolerar las doctrinas antiliberales. Debemos tener lo mejor de ambos mundos. Lo mismo con el auge de

los regionalismos locales, sobre todo cuando han estado prohibidos en el pasado. Deberían estar de acuerdo con un marco más amplio, ser *partners* siempre que no se opriman las lenguas regionales y la cultura. Así podrían elegir seguir unidas, aunque el resultado no está garantizado.

Muchos creemos que la Unión Europea es un instrumento político no solo necesario para la economía, la democracia o la paz, sino para promover el avance de los valores éticos y el desarrollo humano. Pero precisamente nuestro miedo justificado al nacionalismo hace que nos planteemos Europa casi exclusivamente en términos de ciudadanía o de unión cívica. ¿Será viable esa Europa, se sostendrá sin poder acudir al tipo de emociones y motivaciones compartidas que tiene una comunidad de carácter nacional? Esos aspectos son importantes y no se deben ignorar. Europa la componen unos países con una fuerte tradición y algo que es más que ciudadanía. Hay una comunidad de valores en Europa, valores liberales, que atraen incluso a países que el pasado no los tenían pero que ahora se sienten atraídos por la Unión Europea.

Pero ¿es posible una Europa viable sin un relato compartido, una cultura integradora y una lengua común ampliamente hablada?

Es una cuestión de equilibrio, y yo no creo que vaya a haber una lengua común.

En la misma Cataluña surgen voces desintegradoras. No sé si conoce el Valle de Arán. Es una región de los Pirineos catalanes cercana a Andorra. Allí tienen una lengua y una cultura propias y proclaman que también tendrían derecho a independizarse de Cataluña! Eso no parece tener final.

Europa es un juego de doble nivel. Saberse parte de una identidad y de una Unión Europea con su tradición y con su historia civilizadora. Hay suficiente cultura compartida para ello.

¿No teme que el cosmopolitismo siempre pierda la batalla, a la larga, frente a los intereses de los propios?

Siempre existirá esa tensión entre ambos. Pero los nacionalismos liberales promueven valores de solidaridad y de buena voluntad. Es poco probable que uno venza al otro. También tenemos ese sentido cosmopolita de la cooperación con otras personas y naciones.

¿Qué aconseja a una Europa con antiguos y fuertes nacionalismos?
No puedo dar consejos. Quizá Europa aproveche la fuerza de su tradición civilizadora. Estoy seguro de que si mantienen los valores liberales será un éxito. —

PERFIL

HALPERIN DONGHI: LA LUCIDEZ SIN COMPLACENCIA

✎ HILDA SABATO

Tulio Halperin Donghi (1926-2014) es el más grande historiador argentino de nuestro tiempo. Autor de una vasta y originalísima obra que marcó decisivamente los estudios del pasado de América Latina, hizo de la historia una aventura de trama densa y final abierto, siempre pasible de nuevas interrogaciones. Sus escritos desafiaron las modas historiográficas y las ortodoxias teóricas, aunque las conocía muy bien a todas. Formado en los años en que la vanguardia de la profesión abrazaba las propuestas estructuralistas que privilegiaban el estudio de las bases materiales, económicas y sociales, Halperin incorporó las novedades de ese tiempo en un entramado mayor en el que las ideas y la política tuvieron siempre un lugar central. La suya fue una historia de actores; actores sociales colectivos, por un lado, pero también actores singulares, todos ellos insertos en mundos que nunca conocían del todo y a la vez buscaban moldear a la medida de sus intereses y sus pasiones. Clases propietarias, élites políticas, letrados, sectores populares y campesinos son protagonistas que no define con otras palabras que no sean las de

sus propias acciones y discursos cambiantes, inestables, imposibles de reducir a ninguna lógica predeterminedada desde el presente del historiador.

En cuanto a los actores con nombre propio, su territorio predilecto fue el de los letrados del siglo XIX y los intelectuales del XX, esos hombres —y ocasionalmente alguna mujer— que hacían de la palabra, escrita y oral, un pilar de su actuación en las sociedades que les tocó vivir y un instrumento no siempre eficaz de su inserción política. El deán Gregorio Funes en el Río de la Plata; fray Servando Teresa de Mier en Nueva España; Esteban Echeverría, Domingo Faustino Sarmiento y Juan Bautista Alberdi en la Argentina; José María Samper en Colombia, José Victorino Lastarria en Chile y tantos más adquieren vida en páginas en que sus voces se confunden y entrelazan con las de su perspicaz observador, que por una parte se identifica con ellos y por otra se distancia de manera tal que desarma cualquier pretensión mistificadora. En cada recorrido sus exploraciones se abren en varias direcciones, multiplican los interrogantes y ofrecen respuestas que abren nuevas preguntas y van tejiendo una filigrana que termina por dar sentido a las acciones y opiniones de sus hombres.

Uno puede fácilmente perderse en la elaboradísima prosa de sus escritos, disfrutando de los detalles que ofrecen sus eruditas reconstrucciones del pasado. Recordaría ese pasado como si fuera su propia casa, conocía cada rincón y seguía hurgando en los recovecos. Pero en cada texto se puede descubrir, además, la fina trama que articula el conjunto, las interpretaciones fuertes, aunque nunca cerradas, presentes en toda su obra y cada una de sus partes. Esas líneas aparecen con mayor visibilidad en su magistral *Historia contemporánea de América Latina*, una obra pionera que conjuga un vasto conocimiento del pasado de cada región del subcontinente con una poderosa interpretación general que le permite dar cuenta de los destinos diversos pero a la vez compartidos del conjunto. En el caso de sus numerosos y decisivos textos sobre la Argentina, por su parte, es posible ver en cada uno las huellas de una pasión por entender una historia de dos siglos, para la que fue

encontrando (y ofreciendo) diferentes aproximaciones y respuestas, hasta concluir, hacia el final de su vida, que esa fue la historia de un fracaso.

Frente a la complejidad de esta empresa de conocimiento no sorprende que, si su influencia historiográfica es insoslayable, su forma de hacer historia es irrepetible. Su originalidad resultaba de una capacidad única para combinar erudición e imaginación, sostener ideas fuertes pero a la vez sujetas a su propia desconfianza epistemológica, convertir a los actores del pasado en interlocutores a los que desarmaba con su ironía punzante, desplegar una prosa casi barroca que sin embargo respondía a una lógica implacable, cuestionar y cuestionarse sin límite y, por fin, contagiar su curiosidad infinita, su pasión por entender y su gusto por desentrañar las razones de los hombres a sus lectores y, en especial, a sus alumnos.

Tulio Halperin fue un maestro de varias generaciones de historiadores. Enseñó en la Universidad de California en Berkeley, donde recaló luego de que una de las vueltas políticas de la vida argentina lo alejara, en 1966, de la casa donde se formó y se inició en la profesión, la Universidad de Buenos Aires. Fue, asimismo, profesor en distintas instituciones del mundo y cada año volvía a la Argentina para reanudar su ininterrumpida conversación con colegas y amigos y para dar clases a las nuevas camadas de estudiantes que seguían con avidez sus soberbias lecciones de historia. No se perdía, además, las discusiones políticas en las que intervenía con la misma vocación polémica que en los debates sobre el pasado, y en las que ponía en juego su proverbial ingenio y su conocida ironía. Ese presente renovaba sus preguntas sobre el pasado, pero nunca le proveyó las respuestas. Rechazó casi visceralmente lo que llamó la “militancia retrospectiva” y un escepticismo laico lo protegía de cualquiera de las tentaciones esencialistas tan difundidas en nuestro tiempo. En un país como la Argentina, atravesado por enfrentamientos irracionales, la lucidez sin complacencias de Halperin es, para muchos de nosotros, un estímulo para seguir apostando por la razón. —